

Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo

Rubiela Arboleda Gómez¹

Oído, pueblo, que llegaron los tamales de Santa Elena calienticos, recién baja'itos de la olla, por cuatro mil pesos. ¿Y qué trae un tamal de cuatro mil pesos? Traen papa, alverja, zanahoria, carne de cerdo, tocino y la masa, la masa es más rica que la carne.

Este artículo es una deriva del acercamiento a producciones escritas y visuales, así como a voces sensibles a la realidad social, en torno a la pandemia y su nexos con la educación. Una revisión crítica motivada por la participación en el foro “Los imperativos economicistas de la educación en los tiempos pandémicos: los desafíos de la universidad pública” (Julio 27, 2020). El proceso de recolectar la información y de aproximarse a las diferentes fuentes ha sido atravesado por los pregones, clamores, regaños, carcajadas, martillazos, cantos y llantos que configuran la polifonía de la cotidianidad y que han alcanzado un volumen que los hace tangibles en el confinamiento. Sonidos que provienen de la venta de alimentos; los ofrecimientos de serenatas de rancheras, vallenatos, boleros o carrileras; las promociones de juegos de mesa que incluyen adminículos como tapabocas y antibacteriales; los gritos de niños que protestan ante el encierro y la higienización excesiva; los susurros de jóvenes amándose a escondidas justo debajo de la ventana del cuarto; las pulidoras, taladros, sierras y golpes de almádana que vociferan sobre una arquitectura inhabilitada para la reclusión sostenida; los golpeteos de saltos de cuerda que vienen del piso de arriba y generan sospechas de temblor; las instrucciones de gimnasia (“...un, dos, tres. Y repetimos: arriba, abajo, un, dos, tres...”); los micrófonos abiertos que hacen *zoom* a la conversa hogareña, o las exclamaciones que van de la ventana a la calle o de la calle a la ventana. Ruidos que rompen el silencio y hablan de un cuerpo en vínculo; un cuerpo que se proyecta y demanda.

Con el título “Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo” se ha querido esbozar una reflexión recurrente en el confinamiento: la experiencia corporal, más allá de la jaula, narrada por los ruidos.

El texto se despliega en varios escenarios: el contexto de la pandemia, en el que se presentan las narrativas interpretativas que han concursado, sin necesariamente adherirse a ellas, en razón de la COVID-19; la traducción en la corporeidad de esas narrativas; una postura esperanzadora denominada “El cuerpo entre la renuncia y la esperanza”, acápite en el que la corporeidad se revela y se rebela, y se cierra con el tratamiento moderno del cuerpo

¹ Licenciada en Educación Física. Antropóloga. Magister en Problemas sociales contemporáneos. Doctora en Estudios científicos sociales. Profesora jubilada Universidad de Antioquia.

en la escuela situada en la Universidad y, específicamente, en el campo de las expresiones motrices.

¿De dónde proviene la pandemia?

Son varias las narrativas que han intentado interpretar estos “tiempos extraños” (Zubiría, 2020), en los que la opción protectora está en el aislamiento y la higiene; no obstante, esta experiencia colectiva es paradójicamente personal. Esto es, con el paso de los días se han ido dibujando las propias maneras de comprender la realidad, la realidad encarnada en este caso. Las diferentes comprensiones están mediadas por los insumos de cuño cultural y social, y por las versiones subjetivadas de estos; insumos que cargamos a veces como lastre, a veces como posibilidad y, las más de las veces, como única opción. De cualquier manera, es prudente manifestar que “la pandemia otorga una libertad caótica a la realidad y cualquier intento de aprisionarla analíticamente está condenado al fracaso [...]. Teorizar o escribir sobre ella es poner nuestras categorías y nuestro lenguaje al borde del abismo” (De Sousa Santos, 2020, p. 38). No hay duda: la realidad escapa de los raciocinios.

Estamos ante una aventura, todo puede suceder o todo está sucediendo, cada día trae su afán, de tal forma que no hay un punto final, siempre quedan los puntos seguidos y, más aún, los puntos suspensivos². Agamben, Zizek, Breilh y otros tantos han tenido que regresar sobre sus palabras, no para retirarlas, sino para ajustarlas, porque resultan insuficientes, hay que mirar las fechas antes de leer el dictamen. Estamos ante un caos de información, de versiones, de discursos, de retóricas, de perspectivas y legislaciones, de esperanzas y desesposos.

Rita Segato (2020) sintetizó las narrativas que han circulado como interpretaciones de la pandemia y que, cotejadas con distintas reflexiones, encuentran resonancias que vale la pena señalar:

1. Todas las especies son proclives a desaparecer: esto es un evento de la historia natural de la vida. Esta perspectiva resuena con la certeza que nos habita, la conciencia de la muerte (Bataille, 1992; Freud, 1975, 1979; Fromm, 1962; Lorite, 1982), la cual ha propiciado, entre otras cosas, los avances en la medicina.

² En Colombia, por ejemplo: derogaron la ley de modificación fondo de pensiones, cadena perpetua a violadores, se dicta medida de aseguramiento a un senador y expresidente de la república, 120 líderes sociales son asesinados en tres meses, se masacran jóvenes, invitan a los médicos cubanos, desinvitan a los médicos cubanos, De otros lados: la Unión Europea aprobó 750.000 millones de euros para compensar las pérdidas causadas por la pandemia, el 27 de julio ensaya la vacuna con 30.000 personas en Estados Unidos, el 11 de agosto Rusia anuncia tener la vacuna y que Brasil la reproducirá; rebrote en Nueva Zelanda después de 108 días de control del virus; gobernantes, médicos amigos y amigos contagiados.

2. El capitalismo se ha apropiado de la vida y utiliza la enfermedad para que desaparezcan los seres sobrantes. Esta narrativa se desarrolla de acuerdo con los planteamientos del darwinismo social y la eugenesia, y con la ciencia como poder, que camina de la mano con la tecnología médica.
3. La pandemia es un experimento de control totalitario. Entonces, desde sus laboratorios y con la intención de refundar su imperio, China creó intencionalmente el virus. Esta arista del análisis ha difundido con la idea según la cual Estados Unidos ha sido el creador y, asimismo, con el señalamiento de que Rusia ha tenido que ver con la propagación del virus. Se trata de una partida a tres bandas en el panorama geopolítico y de una suerte de “esquizofrenia de competencia voraz por la economía” (Breilh, 2020).
4. También se sospecha que se ha instalado una ideología fascista que nos enseña a pensar más firmemente en el enemigo: los extranjeros. “Juego complejo, xenofóbico, que lleva a que ahora los chinos sean señalados por comer como comen” (Breilh, 2020). En términos de la legislación, ello se puede sentir en el experimento con el “distanciamiento social” como estrategia de control. El enemigo es el otro, cualquier otro.
5. Se ha hablado con fuerza de que ha llegado el momento de desmontar la creencia en la supremacía humana sobre el nicho ecológico, una interpretación con arraigo indígena: “No tenemos la tierra, sino que la tierra nos tiene”. Esta mirada encuentra correspondencia en la tesis del fracaso del antropocentrismo, esto es, del trato a la naturaleza como fuente (el extractivismo, el *fracking*, las crías extensivas, el comercio de especies exóticas, los monocultivos, etc.) y no como cómplice e interlocutora activa para la preservación de la vida, aun cuando este cuerpo humanoide no se desprende de su condición animal, que hoy lo encierra. Mujica (2020) opina que no es venganza de la naturaleza, sino una simple defensa. Esta perspectiva evoca a Ulrich Beck (2002, 1994) y sus planteamientos acerca de la “sociedad de riesgo” y la “modernidad reflexiva”, tan preciada en el giro etnográfico, pero que finalmente señalaba la reflexión de la modernidad: la ida y vuelta de los efectos, por ejemplo, del trato al medio ambiente. Se reclama una mirada vital-centrista.
6. Una sexta narrativa, a la que sí se adhiere la antropóloga Segato, se refiere a un Estado para “maternar”, es decir, a un Estado que debe ser cuidador. Así, se debe pasar del Estado paternalista, que de alguna manera fracasó y que en Latinoamérica no conocimos, a un Estado maternalista. En esta lógica, Rivera Cusicanqui (2020) manifiesta: “Hoy día, este *pachakuti* es un *warmi pachakuti*, un *pachakuti* de signo femenino, y esa capacidad de dar la vida y de cuidar la vida que está en nuestras manos tiene que irradiarse al resto de la sociedad para que hombres y mujeres podamos reconstruir espacios habitables, territorialidades alternativas, pequeñas, íntimamente interconectadas por una ética de la vida, de la reproducción y de la sanación de la pacha”.

En estos intentos de dar explicaciones, tan propios de lo humano, hay un común denominador: el poder del sistema con efectos en el tejido social. Esto lo había anticipado con lucidez William Ospina en su libro *Es tarde para el hombre* (1995), en el que anuncia la ruta arrogante del antropocentrismo —dibujada con la racionalidad, el positivismo y el utilitarismo—, que la humanidad ha optado por seguir y que probablemente la conduzca a su autodevastación.

Habría que advertir, entonces, que esta manera de manifestación de una cepa viral no es tan nueva, como se quiere insistir; bien nos dice Breilh (2020): “Otras epidemias iguales o más letales no se conocen, no se difunden, porque no afectan la economía”. Y, justamente, los efectos monetarios se han convertido en la panexplicación de la patética circunstancia social a la que ha conducido el determinismo económico, de tal manera que las ausencias y las nuevas presencias están siendo ajustadas al tenor de la COVID-19. Sin embargo, tal cosa no es cierta, ¡hace mucho rato venimos cargando la piedra de Sísifo!

En breve, estamos ante un agotamiento de la naturaleza, de los recursos, de los modelos productivos, de la explotación humana y de los padecimientos de clase, de género, de rol y de jerarquías; estamos ante un colapso de las estructuras gubernamentales, con su correlato en las instituciones cuya génesis fue la esperanza de protección de la existencia individual y colectiva, la garantía de los derechos fundamentales, la salvaguarda de la cultura y la defensa de la vida, con el estandarte de la igualdad de las personas, de la tierra para todos, del acceso a las conquistas civilizatorias y de la ética como interrelación.

Por favor, ayúdenos. Ustedes son mamás, son papás, y saben lo que es no tener comida para los hijos... Todo nos sirve, hasta agua.

Se insiste en la inequidad y la pobreza como una revelación del virus. “Desnudez”, “develamiento” y “evidencia” son los adjetivos que se confieren a los efectos de la virulencia, como si emergieran de la nada, como una suerte de novedad que nos conmueve. Tal vez se han naturalizado, tal vez se han ignorado, tal vez han sido “negados” como una estrategia protectora de las pequeñas zonas de confort que los clasemedios creemos tener y de los grandes privilegios que los ricos sí tienen. Lo que sucede hoy es que la actual pandemia nos ha obligado a volver la mirada a lo que antes se esquivaba. Los gritos de la pandemia visibilizaron aquello que se ha intentado ocultar, pero sabemos que está allí (como en una mudanza: cada cosa cobra presencia y hay que tomarla, empacarla para protegerla, regalarla o desecharla, pero toca mirarla, ponderarla, verla en su materialidad contundente). Lo que de facto se “desnudó”, “develó” o “evidenció” en esta crisis fue el sistema, la miserabilidad de nuestra realidad institucional neoliberal. Las desigualdades de clase, las brechas sociales, las

diferencias en los accesos a los bienes comunes, las precariedades de la existencia y las vejaciones en aras de la sobrevivencia *hace mucho* están allí.

Lo que se ha expuesto es la inoperancia de los dirigentes, la imprevisibilidad de los gobiernos, los abusos de los modelos productivos, una sociedad en la que “trabajadores fueron relegados a la condición de sobrevivientes en zonas rurales azotadas por el neoextractivismo y la agroindustria, o en el mundo del trabajo informal, con mínimas garantías sociales, y un grupo importante sigue condenado al tozudo desempleo” (Múnera, 2020, p. 4). No, la realidad de la prepandemia no puede diluirse y justificarse con la pandemia. En suma, estamos presenciando la perversión del neoliberalismo en todo el orbe, aquí y allá, pero más aquí, claro está, en el sur, que “es una metáfora del sufrimiento humano injusto causado por la explotación capitalista, la discriminación racial y la discriminación sexual” (De Sousa Santos, 2020, p. 45). Se puede agregar a esta cita: segregación de clase, política y estética. ¡Una pandemia de derecha en América del Sur!

Lo que al parecer sí nos lleva a una unión a todos los países del mundo es la ineficacia de los gobiernos y la calidad humana de los gobernantes. Este “patrimonio” no es solo del sur, como lo creíamos. La pandemia mostró que nuestros “soberanos” son soberanos corruptos, indolentes, sordos, ciegos y capaces de preconizar cualquier cosa.³

En el actual estado de cosas, se han agudizado las tensiones entre los autoritarismos y la democracia, entre el patriarcado y el matriarcado, entre lo público y lo privado, entre ricos y pobres (los ricos se encierran, pero requieren a los pobres para la sobrevivencia: personal de aseo, vendedores, pregoneros, repartidores, etc.) y entre los géneros. Respecto a esto último, puede intuirse que la mujer ha sido devuelta a su rol originario. Asistimos a la reemergencia de un trazo del arquetipo femenino, que no solo nos recuerda que para las mujeres se han multiplicado las responsabilidades, sino que algunas, como dice Zuluaga (2020), “pueden morir de sobredosis de hogar”.

Todas las narrativas interpretativas tienen cuerpo, toda vez que este es el lugar de síntesis de las disposiciones sociales y culturales. En este sentido, la higiene, la dieta, el ejercicio, la medicalización, el sueño y la producción devienen en prácticas individuales y colectivas diseñadas conforme a una idealidad hegemónica. El cuerpo se propone como un registro de la vida en comunidad y es el sujeto mismo, un sujeto entendido como quien ha alcanzado la conciencia de sí y del mundo, y se ha posicionado en los órdenes de lo político, lo histórico, lo cultural y lo social para su transformación.

Todas las prácticas, dice Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, 1995), son corporales. Ellas exhiben las exigencias materiales e imaginarias dirigidas a la corporeidad y la manera

³ Soberanos que desentierran viejas consignas: “títeres”, “vendidos”, “hampones”, “idiotas”, “perversos”, etc. Nos mandan al matadero en nombre de la economía y nos empujan en nombre de la sociedad. El día sin IVA en Colombia es un buen ejemplo: “Haga patria, compre”, dijo el gobernante.

como las lógicas locales y globales relocalizadas se filtran por los intersticios de la cotidianidad hasta consolidarse como hábitos. Las prácticas dan cuenta de la dialéctica natural-cultural, en la que se inscribe nuestra existencia: el cuerpo es una constante biológica ineludible y un sistema simbólico arraigado en contextos, de ahí que no pueda existir una pandemia —que, por las prescripciones y proscipciones establecidas, pareciera que solo afecta nuestra organicidad— sin la mediación de maneras instaladas que enseñan la presencia sociocultural en nuestra corporeidad. Manifiesta Lesutis (2020): “A medida que se extendió globalmente de cuerpo a cuerpo, el virus nos muestra cómo las estructuras abstractas —como la economía global o los sistemas de transporte— que a menudo nos esforzamos por comprender *no son más que* los sistemas hechos por y a través de nuestros cuerpos”. Las disputas por la primicia y propiedad de la vacuna contra la COVID-19, las normas de bioseguridad como el distanciamiento social, el estado de excepción, las cuarentenas reiteradas y el simultáneo enriquecimiento de las grandes empresas parecen confirmar que el cuerpo está acechado por el poder. He ahí otra narrativa explicativa que puede aventurarse: la trama virulenta busca capturar el cuerpo, último bastión libertario.

El epidemiólogo ecuatoriano Breilh (2020) afirma que las pandemias son una construcción sociocultural y, en ese sentido, nos dice que “la mesa está servida para el virus”.

Pero ¿cuál es el lugar del cuerpo en esa mesa?

¡Mamá, no más baños!... ¡Noooo, el pelo no, el pelo no! ¡No otra vez!

En lo referido al cuerpo, los ecos de la pandemia anuncian el cuerpo confinado para su protección. Ese cuerpo no es otro que el cuerpo moderno, el cuerpo del capitalismo, el cuerpo neoliberal (taxonomizado, objetivado, despreciado, negado, descontextualizado, apropiado por las medicinas), un cuerpo dócil y domeñado con la estrategia del miedo, que admite el encierro, la vigilancia sanitaria y la cosificación por medio de la higiene. Justo reclamo del cuerpo banalizado.

Vale la pena traer aquí un fragmento de un relato del escritor y senador de la república Gustavo Bolívar (2020), el cual da cuenta de ese cuerpo cosificado del determinismo económico. Dicho relato enseña una paradoja, a saber, que el cuerpo despreciado en la educación que es hija de la modernidad ha adquirido más “valor” como objeto de cambio que laspreciadas titulaciones que escinden al sujeto y lo promueven por los logros “cognitivos”:

Transcurría el año 2002. Estábamos en la ciudad de Pereira, de paso hacia Manizales, con el elenco de la serie *Pandillas, guerra y paz*, que escribía por esa época, atendiendo una invitación a mediar en el conflicto entre dos pandillas del barrio Solferino, cuando se me acercó una niña, como de unos catorce o quince años, y me preguntó si yo era el director de

la serie. Le respondí que era el libretista y el director periodístico del programa. Me dijo que ella quería ser actriz y me indagó por los requisitos. Le dije que básicamente necesitaba prepararse, estudiar para ganar el *casting*. De su respuesta nació el libro *Sin tetas no hay paraíso*.

Me dijo que ella no quería estudiar porque “el estudio no servía para nada”.

Ante tamaña respuesta, dada por una joven de su edad, sentí la necesidad de ahondar en el porqué. Me contó que su hermana, que ya había terminado el bachillerato, estaba trabajando de mesera en un restaurante pobre, mientras que las niñas de su curso (novenno grado) que se habían retirado del colegio ya tenían su motico, su ropa de marca, sus buenos relojes, y que incluso algunas ya le habían mandado a arreglar la casita a sus mamás.

Sentí que esas palabras encerraban el síntoma de una sociedad enferma. Y aunque traté de convencerla de su error, con el tiempo comprendí que Catalina tenía razón. En una sociedad donde la herencia del narcotráfico es enriquecerse rápido y fácil, en un país donde la práctica de los políticos corruptos es el clientelismo (vote por mí o hágame campaña que yo te nombro [sic]), en un contexto de guerra donde el poder de un arma suplanta el poder del conocimiento, no es descabellado pensar que el estudio no sirve para nada.

La representación de la pandemia es la de un cuerpo amansado con los vapores del alcohol, el vinagre, el hipoclorito, las fórmulas mágicas desinfectantes y el jabón Rey. “Establecimiento de un terror sanitario puro y simple y una especie de religión de la salud. Lo que en la tradición de las democracias burguesas era un derecho del ciudadano a la salud se convierte, sin que la gente parezca darse cuenta, en una obligación legal religiosa que debe cumplirse a cualquier precio” (Agamben, 2020, p. 45).

Se experimenta ahora todo un despliegue del arsenal biopolítico, que mutó en *tanatopolítica* (Agamben, 2006; Foucault, 2007) o *necropolítica*, denominación acuñada por el filósofo camerunés Achille Mbembe (2011). El miedo, una vez más, como ha sucedido históricamente y como la historia de este país nos lo reitera, es un mecanismo de poder contundente y eficaz (el desplazamiento territorial y forzado es un crudo ejemplo de ello). “Podemos llamar ‘bioseguridad’ al dispositivo de gobierno que resulta de la conjunción de la nueva religión de la salud y el poder estatal con su estado de excepción” (Agamben, 2020, p. 44). Un miedo que hace desear lo conocido, por terrible que fuera, es decir, que hace añorar una “normalidad dispareja”, que alienta con la idea según la cual “es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer”.

“Ya, mamá; ya, mamá. ¡¡¡Ya, no quiero más baño!!!”. Y llanto siempre a las mismas horas.

Se instalan, tras la cortina virulenta, unas nuevas técnicas de gobierno; el dispositivo político de la gran transformación es el estado de excepción y la religión es la ciencia. Al

parecer, la pelea entre la religión, el capitalismo y la ciencia, titanes que a veces actúan en complicidad, la está ganando la ciencia: estamos ante una mafia científico-tecnológica que lucha por el control. Como dijera Eisenhower en 1961 (citado en Luengas, 2020): “Debemos también estar alertas ante el riesgo de que la política pública llegue a ser secuestrada por una élite tecnológica y científica”. El coronavirus está confabulado con la formulación de un nuevo orden mundial.

Entendemos que el contexto marca el cuerpo, que las prácticas corporales corresponden a las disposiciones legales y legítimas que conforman la vida social. Asumimos que las pautas de comportamiento procedentes de las instancias reguladoras de la vida (Estado, Iglesia, escuela, familia) se “encarnan” y se registran en usos, interacciones, imaginarios, realidades y expectativas. El cuerpo es un gran sistema simbólico, y es precisamente su potencial simbólico aquello que lo hace objeto-sujeto de atención mediante estrategias normalizadas de ascetismo, entrenamiento, alimentación y vigilancia. Por lo demás, el mantenimiento de nuestro cuerpo crea vínculos diversos, expresa relaciones sociales, las reafirma o las niega.

Sobre el cuerpo recae la experiencia de la pandemia, pero, según nos dice Agamben (2020),

no solo se confina a la gente a sus casas y, privada de toda relación social, se la reduce a una condición de supervivencia biológica, sino que la barbarie ni siquiera perdona a los muertos: las personas que mueren durante este período no tienen derecho a un funeral y sus cuerpos son quemados. Hemos escindido la unidad de nuestra experiencia vital, que es siempre inseparablemente corpórea y espiritual a la vez, en una entidad puramente biológica por un lado (la nuda vida) y una vida afectiva y cultural por el otro. (p. 52)

No pudimos dormir, una vecina se estaba muriendo y gritaba de dolor. Fue muy triste y no pudimos hacer nada.

¿Por qué permitimos que nuestros seres queridos sean enterrados o cremados sin el ritual funerario? ¿Por qué nos dejamos hacer esto? Sabemos bien que el primer ritual funerario en la historia evolutiva de la humanidad se encontró en restos neandertales en las cuevas de La Chapelle-aux-Saints (Francia) en 1908, y que data de 50.000 años antes de Cristo. Bataille (1995), entre otros, ha argumentado que es más significativa esta ceremonia para los vivos, para quienes acompañamos el cadáver a su reposo eterno: singular conjuro a la conciencia de la muerte, tan valiosa para el desarrollo cultural. No obstante, de una manera que solo se puede adjetivar de cruel, así sea producto del mismo miedo y de la ignorancia, en este esfuerzo por exacerbar nuestra conciencia de la muerte desde el discurso médico y

religioso se corta de tajo una alternativa simbólica de arraigo y mitigación como lo es el sepelio. Es este otro indicador del cuerpo cosificado.⁴

Ahora bien, los susurros que deja el eco de ese cuerpo re-biologizado son los de ese cuerpo que es más, que es muchos más y que es más eso otro que se le intenta negar: construcción social y cultural, mediación para la comprensión de la vida y sus lógicas, memoria, voluntad, deseo, pulsión, creatividad, imaginación y, cómo no, fuerza laboral. Es la complejidad del cuerpo la que podrá rebelarse y se ha rebelado ante la política del terror sanitario, apoyado y manipulado por los medios.

Llegó la melona, el cilantro, el limón tahití, la piñamiel, la papaya, la papaya dulce, los aguacates en su punto, ricos, para hoy.

“Es necesario volver a lo elemental. Y lo elemental es el alimento, la salud mental y material, y la restauración del afecto y también del valor de la palabra” nos dice Rivera Cusicanqui (2020). No obstante, nos tienen tan fisiologizados⁵ que no podemos ver otras opciones. No logramos escuchar el cuerpo que reclama más derechos, incluso si las mal llamadas “necesidades básicas” están satisfechas; ese cuerpo otro requiere más, porque precisamente quien más tiene potenciales es quien más reclama posibilidades no limitadas a lo económico; es el cuerpo que puede prosperar, como ha expresado Boltvinick (2005), desde el “florecimiento humano”. “Florecimiento” sugiere acción continua, proceso, dinámica, pero fundamentalmente sugiere potencialización. El florecimiento es un devenir persona, con lo que ello implica: entorno cultural y social, condiciones económicas, alternativas de educación, voluntad política, tiempo-espacio de ocio, contemplación estética, calidad y estilos de vida, ambiente de bienestar, etc. Se trata de florecer como subjetividad plena.

⁴ Rivera Cusicanqui (2020) reflexiona sobre el ritual como un aspecto soslayado en las prácticas del mundo contemporáneo, lo cual está pasando cuenta de cobro: “No estamos prestándoles atención a las ritualidades cotidianas (los lunes de agradecimiento a los muertos, los martes de pedidos por la salud, los viernes de pedido de suerte), que son las que activan esa energía sanadora de la pacha y que significan la integración y la conciencia de que los humanos somos una especie entre miles, somos un pestañeo del cosmos entre miles de seres con igual derecho a la vida que nosotros”.

⁵ Emblemático de esta rebiologización es que lo primero que se agotó en las ventas de pánico fue el papel higiénico.

El cuerpo entre renuncia y la esperanza

*¡Ánimo, ánimo! ¡Lo están haciendo muy bien! Uno, dos, tres...
Sigan su propio ritmo. ¡Qué bien! ¡Ánimo! Ya deben estar
bajando más. ¡Ánimo!*

Las perspectivas de futuro se han polarizado, lo que se puede identificar en las deliberaciones predictivas de algunos pensadores. En un ejercicio de extrema simplificación, el filósofo esloveno Žižek (citado en Barranco, 2020) plantea que la pandemia le ha dado un duro golpe al capitalismo, y que ello permitirá el nacimiento de una nueva era de comunismo, una colaboración global que pueda controlar y regular la economía. Augura que el virus derrumbará el populismo nacionalista que busca cerrar fronteras y fomentará la cooperación mundial, y tiene la convicción de que la solidaridad y la colaboración global no son un idealismo, sino un acto racional, que es lo único que puede salvarnos. Por su parte, Byung-Chul Han (citado en Sigüenza y Rebollo, 2020) ofrece otro panorama. Según el filósofo surcoreano, tras la pandemia el capitalismo continuará con más fuerza, acompañado de una era de regímenes autoritarios. El virus ha conseguido que la ciudadanía apruebe una mayor vigilancia digital y un control policíaco por parte del Estado, de suerte que se logrará así lo que el terrorismo no pudo conseguir: el estado de excepción pasará a ser la situación normal. El virus nos aísla e individualiza, no genera ningún sentimiento colectivo fuerte, cada uno se preocupa de su propia supervivencia. En consecuencia, el capitalismo no colapsará por un virus, sino por una revolución humana.

Las evidencias suelen inclinarnos a Han (citado en Sigüenza y Rebollo, 2020), pues no hace falta ser un prestidigitador para saber que el capitalismo no va a morir en esta crisis y que tal vez su resurgir sea feroz y arrollador. Como lo expresa Rivera Cusicanqui (2020), atravesamos “un colapso moral definitivo del capitalismo y, como todo monstruo, el capitalismo se va a ir de este mundo dando zarpazos y mortíferas dentelladas al mundo y a la gente, y los más vulnerables, los más pobres, la gente que trabaja, que produce la comida, van a ser víctimas de esas violencias”. Sin embargo, es importante asirnos a cualquier luz de resistencia que pueda habitarlos e ilusionarnos con otros órdenes sociales más sensibles a la vida misma.

“Michel Foucault planteó, en un texto llamado *Las redes del poder*, la tendencia de los gobiernos de ir hacia un esquema de ‘biopolítica’, entendido como la capacidad de las instituciones y sectores que ejercen el poder de influir y controlar nuestros cuerpos. El cuerpo sería, desde esta lógica, el último resabio de libertad que el poder intentaría cooptar en las sociedades modernas” (Peterlin, 2020, p. 3). Para resistirnos sería importante la comprensión del cuerpo en su constitución densa, atravesada por la historia, los contextos, las realidades, los ideales y los otros, una comprensión desde ese cuerpo colectivo registrado en nuestras subjetividades y gracias al cual podemos resistir y proponer el desbordamiento de la técnica

biopolítica que nos ha impuesto el terror sanitario. Tal vez así podamos combatir el virus de un orden social avasallante, tal vez así podamos superar la mafia de la ciencia instrumental que busca el control, una “nueva normalidad” regulada por la asepsia y la exclusión del prójimo. ¡Las otras y los otros han sido proscritos! ¡Nos han aislado y han construido al otro como sospechoso! ¡Todos somos sospechantes!

Pásemelo por la ventana, yo le bajo la canasta.

Así las cosas, el virus no es el riesgo más relevante, ya que lo sustantivo y amenazante es la dislocación de los constitutivos fundamentales de la existencia, el secuestro de la corporeidad en nombre de la protección. Si se conviene que el sujeto está constituido no solo por atributos personales, sino también por el contexto y por unos otros que lo habitan, en la doble vinculación universal-local, se convendrá que no hay individuo *per se*, es decir, que el sujeto siempre será un correlato de su realidad y de su inscripción en el mundo, el cual interpreta desde sus propios acervos. Ergo, al referir condiciones subjetivas no se excluyen la circunstancia social ni la experiencia compartida; de tal manera que nuestros cuerpos no son solo nuestros cuerpos y ello permitirá entonces superar nuestra soledad, toda vez que también somos la experiencia de los demás. Volvamos, pues, a pensarnos en el marco del humanismo como posibilidad histórica, realicemos un giro perceptivo ante el cuerpo encerrado, demos vueltas a la tuerca para apretarla hasta reventarla.

El miedo es un mal consejero, pero también es protector y reactivo, hace que aparezcan realidades y alternativas que uno no podría ver de otra manera. El cuerpo es escenario del ejercicio político y ello incluye las resistencias; el cuerpo no se deja, no se somete sin resistir. “Pero los cuerpos no están capturados de forma absoluta por los dispositivos de poder. El poder no es una relación unilateral, una dominación totalitaria sobre los individuos, tal y como la ejerce el ejercicio del panóptico, sino una relación estratégica” (Lazzarato, 2000, p. 4).

Empero, ¿es factible ver el confinamiento como un respiro para tomar impulso y afinar estrategias liberadoras? ¿Y si nos reconocemos? Nuestras relaciones sociales están cruzadas por las normativas, la figuración y los roles, lo cual lleva a un sacrificio de las singularidades que terminamos por desconocer, por borrar en el juego reglado del afuera. Esto trae a escena a Freud (1975), quien plantea que la neurosis es el costo que la humanidad ha pagado por el ingreso en la cultura y aquello que también nos impide reconocer al otro. No se trata de caer en un subjetivismo ingenuo o de reivindicar el individualismo a ultranza, que desconoce al otro en pro del bien individual y en el que desaparece el sujeto unificado, racional y expresivo y se destaca aquel que, aunque libertario, se sumerge en un ensimismamiento recóndito e insondable, un ensimismamiento que reniega de la identidad común porque su centro es el sí mismo y subvalora las propuestas colectivas (Arboleda, 2013, p. 53).

El ser humano es sociable por naturaleza, pero es un ser solitario en su esencia. Las experiencias existenciales son intransferibles; sin embargo, en nuestro cuerpo está inscrita la colectividad que lo acuna. Ahora bien, el dolor es de todos nuestros cuerpos. Judith Butler (2005) nos dice que desde que nacemos nuestras vidas dependen de otros humanos para nuestra supervivencia, y que es a través del amor y el cuidado o de la violencia y el abandono que nuestros cuerpos y vidas subjetivas dentro de ellos florecen o perecen. Nuestra existencia transcurre en la tensión subjetividad-colectividad, y es importante conocer y reconocer los dos lados de la tensión. “El mundo comprobó, de manera práctica, la importancia de los vínculos de solidaridad y ayuda a nivel comunitario” (Peterlin, 2020, p. 2). Asimismo, nos recuerda “una verdad fundamental e ineludible de nuestra existencia: los humanos somos criaturas fundamentalmente solitarias e, inevitablemente, implicadas en la existencia de otros humanos” (Lesutis, 2020).

Sería posible revertir el desconocimiento del sujeto causado por los dictámenes de la pandemia, esa negación de la corporeidad, mediante el encuentro del sujeto mismo, descubrir y afinar nuestros potenciales e identificar nuestras preferencias y requerimientos propios e íntimos, que en ocasiones se diluyen en la socialidad (sociedad haciéndose), pero que median en la articulación en ella. Conocernos es también reconocer a los otros en nosotros, y este es un intersticio por el que se puede colar la alternativa emancipadora desde el cuerpo cautivo. Con una dirección similar, las palabras de Breilh en 2007 no solo siguen vigentes, sino que cobran relevancia:

[Se precisa de] una subjetividad social, como clave para fortalecer el sujeto de la acción, integrando fuerzas y culturas contrahegemónicas, y construyendo un poder simbólico alternativo. [...]

Es inconcebible una construcción plural y democrática en un mundo disipado en miles de subjetividades inconexas, cada una girando alrededor de su propia e incommensurable experiencia; a eso puede llevar el relativismo fundamentalista encerrado en el mundo micro y personal. Nuestro mayor desafío en los momentos actuales es perfeccionar nuestra conciencia objetiva sobre los nuevos problemas de la realidad compleja, pero hacerlo trabajando simultáneamente sobre una conciencia sobre la subjetividad como herramienta de impulso colectivo. (pp. 30 y 59)

Ajedrez, parques, catapiz, cartas, damas chinas, rompecabezas, crucigramas, tapabocas y gel: todo a 5.000.

¿Y si vemos este cautiverio como una posibilidad de acercarnos al tiempo para hacerlo nuestro aliado? El manejo del tiempo es una forma concreta de libertad. ¿Será probable, en ocasiones, hacerle el quite a la preocupación productiva y experimentar el no trabajo? Si hay ahora —para algunas personas— una opción emancipadora es el ocio, que permite crear, imaginar, ensayar, dormir y pensar; además, claro está, posibilita las

idealidades culturales del divertimento, como leer, ver cine, visitar virtualmente los museos, escuchar música, etc., y muchas más opciones, tal vez ideadas por cada quien, conducentes a una resistencia desde la revelación del sí mismo, oculto en los mandatos hegemónicos.⁶ El juego, la creación y el movimiento siguen siendo la posibilidad más cercana al mundo sensible, a la interpretación de la realidad, a la intuición, a la ilusión, a la disrupción y a la transformación. Dime qué haces en tu tiempo libre y te diré quién eres (debo decir que esto sigue siendo elitista, porque el ocio no es pensable mientras se lucha por la subsistencia).

Buenos días para todos allá en sus casas. Venimos a saludarlos con el mariachi. Que no falte la alegría de la música, encerrados pero felices disfrutando nuestras melodías. Les agradecemos cualquier contribución...

“El ser humano debe reconciliarse con su parte sensible y entender su propia conciencia como terreno de lucha con la ideología burguesa. Es necesario volver a pensarnos como cuerpo y conciencia, como razón y emoción, pero también como sujetos históricos que, a través de la acción, podemos transformar las relaciones sociales y materiales que rigen al mundo” (Peterlin, 2020, p. 5). Y, como bien dijera William Ospina, “el principal remedio a los males del cuerpo siempre estuvo en el cuerpo” (1995, p. 76). Por su parte, Rivera Cusicanqui (2020) sostiene:

Este es un tiempo de *pachakuti*, de vuelque del tiempo y del espacio que puede ser catastrófico, o que puede significar una renovación. Obviamente, este es el riesgo que se vive en tiempos de bruma, del *akapacha*, que son los tiempos oscuros que nos obligan a reflexionar con mucha más profundidad y calma en busca de comprender cómo podemos reconstruir una forma de vivir que permita superar esta y futuras crisis.

Y yo me pregunto: ¿será posible “un nuevo mundo feliz”, como lo plantea Ulrich Beck (2000), que nos libere del determinismo económico y no nos haga suplicar por el trabajo? ¿Será posible un orden social girando en otro eje? ¿Emergerá otra humanidad ahora oculta con los atavíos del consumo?

Una vuelta a la tuerca nos puede hacer ver esta pandemia como una gran oportunidad para un cambio proveniente de la subjetividad que somos todos, una transformación propiciada por un viraje de la mirada hacia el cuerpo, por una corporeidad que se niegue a su cooptación y nos permita liberarnos. Es ahora o tal vez nunca... (por lo menos para mi generación).⁷ En otras palabras, se requieren subjetividades desestabilizadoras, que desacaten los mandatos

⁶ Una amiga nos cuenta cómo se ha reencontrado en el arte y se ha descubierto en la creación estética y en la creación de la palabra, bello ejemplo de la emancipación desde la hendidura del ocio. “Estoy feliz haciendo dibujos de cada cuento que leo”, nos dice. Hablo de Clara Mazo (2020).

⁷ Los que recuerda a José Acevedo y Gómez, el tribuno del pueblo.

constrictivos y propongan formas de socialidades *otras*.⁸ De lo contrario, “la suerte está echada”.⁹

Referencias

- Agamben, G. (2006). *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, vol. I. Valencia: Pretextos.
- Agamben, G. (2020). *En qué punto estamos. La epidemia como política*. Traducciones del blog de Artillería Inmanente. Recuperado de <https://artilleriainmanente.noblogs.org/>.
- Arboleda, R. (2013). *Las expresiones motrices*. Armenia: Kinesis.
- Arboleda Céspedes, J. J. (2020, 24 de abril). Miradas latinoamericanas a la educación en tiempos de pandemia [Intervención en foro]. *CLACSO*. Recuperado de <https://www.clacso.org/miradas-latinoamericanas-a-la-educacion-en-tiempos-de-pandemia-2/>.
- Barranco, J. (2020, 7 de mayo). Los efectos de la crisis. No habrá ningún regreso a la normalidad. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/libros/20200507/481007665603/zizek-pandemia-libro.html>.
- Bataille, G. (1995). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Beck, U. (2002). *Sociedad de riesgo*. México: Paidós
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1994). *Modernización reflexiva. Política y tradición y estética en el orden social moderno*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Beck, U. (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós
- Bolívar, G. (2020, 5 de julio). El estudio no sirve para nada. *Cuarto de Hora*. Recuperado de <https://cuartodehora.com/2020/07/05/el-estudio-no-sirve-para-nada/>.
- Boltvinik, J. (2005). Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano. *Revista Papeles de Población*, 44, 9-42.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Breilh, J. (2007). *Epidemiología crítica. Ciencia emancipadora e interculturalidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Breilh, J. (2020, 16 de abril). Está servida la mesa para el virus [Archivo de video]. Recuperado de <http://idepsalud.org/jaime-breilh-epidemiologo-esta-servida-la-mesa-para-el-virus/>.
- Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Barcelona: Paidós.

⁸ Los encuentros por Meet, Zoom y otras aplicaciones pueden ser una manera de transgredir los mandatos de aislamiento.

⁹ Se retoma esta expresión del libro de Sartre titulado, justamente, *La suerte está echada* (1975).

- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014). *Las redes del poder*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Freud, S. (1975). *El malestar en la cultura*. Bogotá: Norma.
- Freud, S. (1979). *El porvenir de una ilusión*. Bogotá: Norma.
- Fromm, E. (1962). *Las cadenas de la ilusión*. España: Paidós.
- Lazzarato, M. (2000). *Del biopoder a la biopolítica*. Recuperado de <http://sindominio.net/arkitzean/otrascosas/lazzarato.htm>.
- Lesutis, G. (2020, 26 de marzo). Política del cuerpo en tiempos de la pandemia COVID-19. *El Salto*. Recuperado de <https://www.elsaltodiario.com/economia-para-todas/politica-del-cuerpo-en-tiempos-de-la-pandemia-covid-19->.
- Lorite, J. (1982). *El animal paradójico. Fundamentos de la antropología filosófica*. Madrid: Alianza.
- Luengas, R. (2020, 23 de julio). México COVID-19: Tan lejos de una cura y tan cerca de Bill Gates [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.google.com/search?q=Tan+lejos+de+una+cura+y+tan+lejos+de+Bill+Gates>.
- Mazo, C. (2020, 10 de agosto). Comunicación personal.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mujica, J. (2020, 8 de mayo). El impacto del coronavirus [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Ls6c9xHVBw>.
- Múnera, L. (2020). *El absolutismo de la realidad. Universidad, sociedad y pandemia*. Bogotá: CLACSO.
- Ospina, W. (1995). *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Norma.
- Peterlin, R. (2020). Pandemia, cuerpo y subjetividad. *Desinformémonos*. Recuperado de <https://desinformemonos.org/pandemia-cuerpo-y-subjetividad/>.
- Rivera Cusicanqui, S. (2020, 25 de mayo). Educación, las corporalidades y el pachakuti en pandemia [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=UxLxAT6N3SI>.
- Segato, R. (2020, 17 de marzo). Entrevista en Brotes Verdes [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.google.com/search?q=Entrevista+en+Brotes+Verdes+rita+segato&oq=>
- Sigüenza, C. y Rebollo, E. (2020, 16 de mayo). El virus es un espejo, muestra en qué sociedad vivimos. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/mundo/asia/byung-chul-han-habla-del-efecto-del-coronavirus-en-las-personas-y-sociedades-496296>.
- Zubiría, J. (2020, 30 de mayo). 50 años de la USCO [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.google.com/search?q=50+a%C3%B1os+de+la+USCO+julian+de+Zubiria&oq=>
- Zuluaga, G. (2020, 24 de julio). Comunicación personal.